



Esta historia de esfuerzo, trabajo y unión familiar demuestra que en familias empresarias, siempre está ocurriendo algo, que hay mucho que hacer y que la sucesión familiar es un macroproceso que se extiende por décadas; cuyos frutos se ven en generaciones y que requiere de apertura y generosidad para oír la voz y contar con la energía de múltiples actores.

Hace solo unos días ocurrió el sensible fallecimiento de Thomas Fürst, quien fue uno de los precursores de los centros comerciales en Chile y posteriormente en Latinoamérica. Impulsor de Plaza Vespucio, que dio origen al grupo Mallplaza y poco antes, gestor clave y uno de los primeros socios de su némesis regional, Parque Arauco.

Fue un empresario que se destacó por su visión de democratizar el consumo masivo, poniéndolo al alcance de todo tipo de públicos, convirtiéndolo en un espacio de entretenimiento e incluso de encuentro comunitario y en un panorama urbano ineludible en Chile; para luego expandir ese concepto a toda la región. Hitos seminales para la efectiva profesionalización del comercio, iniciada tímidamente en los inicios de los años 80, que se aceleraría desde mediados de los 90.

Cuando lo conocí, hace más de una década atrás, junto con admirar su agudeza, rápida inteligencia y sentido del humor, me impresionó su visión precursora y su inquietud por la sucesión, que no se detenía en la segunda generación, sino que se proyectaba a sus nietos y nietas, a quienes quería dotar desde la cuna con los frutos de su exitoso desarrollo empresarial y estimularlos a seguir emprendiendo y creciendo profesionalmente.

Es público que hace seis años, Fürst tomó la decisión de comenzar la transición generacional, e incluso junto a su mujer realizaron una donación significativa a sus once nietos, como una manera de fortalecer el legado familiar. Un tema clave para muchas familias empresarias, y que va bastante más allá de abordar quién se hará cargo del negocio. Especialmente en grupos inversionistas multi-sectoriales.

Fürst, emblemático accionista del Banco de Chile y antiguo director de CCU y de Viña San Pedro tuvo una carrera no exenta de caídas y de la necesidad apremiante de volver a empezar, y esa fuerza de la naturaleza que era don Thomas, ejemplo vivo de los "animal spirits" empresariales, para citar la famosa expresión de Keynes, constituye parte integral de su testimonio de vida y del legado que deja a su familia y que debieran tener presentes los emprendedores chilenos.

También, deja importantes lecciones para empresarios familiares: planificar con tiempo, delegar roles de liderazgo en sus descendientes, orquestar su sucesión, unir y alinear a su familia en torno a un proyecto común, atraer a las nuevas generaciones y dar un sentido de orgullo por el impacto logrado y la motivación de ir por más.

Asimismo, cabe destacar la capacidad de decisión que tuvo el fundador junto a su segunda generación, de tomar decisiones en sus últimos años, tanto de inversión como de desinversión, que hicieron noticia en los medios en su momento, así como la habilidad de seguir posicionándose como interlocutores válidos y respetados ante los principales grupos empresariales del país.

Finalmente, no pasa desapercibido, el rol que la segunda generación de esta familia ha ido tomando en la Asociación de Empresas Familiares de Chile, AEF, transmitiendo su experiencia, aprendiendo con otros y compartiendo éxitos y fracasos del clan familiar y tratando de aportar a otras familias y de seguir reforzando su propio proyecto transgeneracional.

Esta historia de esfuerzo, trabajo y unión familiar demuestra que en familias empresarias, siempre está ocurriendo algo, que hay mucho que hacer y que la sucesión familiar es un macroproceso que se extiende por décadas; cuyos frutos se ven en generaciones y que requiere de apertura y generosidad para oír la voz y contar con la energía de múltiples actores.